

del reino. De carácter pacífico y devoto Alfonso IV, aunque débil y voluble, comenzó su reinado con un acto de justa reparación, llamando del destierro y reponiendo en su silla al obispo Fronimio relegado por su tío Fruela (927). En el mismo año hizo una expedición á Simancas, donde erigió silla episcopal. Pero inclinado Alfonso á las prácticas y ejercicios de devoción, y mas dado á ellas que á los cuidados del gobierno, resolvió en el quinto año de su reinado abdicar el cetro para retirarse al claustro, y llamando á su hermano Ramiro que se hallaba en el Vierzo (entre Leon y Galicia), con acuerdo de los grandes y demás electores reunidos en Zamora, hizo en él cesion formal de la corona de Leon (11 de octubre de 930), ejecutado lo cual se retiró al monasterio de Sahagun sobre el rio Cea, donde tomó el hábito de monje.

Dejemos reposar en su claustro al monje-exrey, mientras damos cuenta de cómo marchaban las cosas del imperio musulman bajo la vigorosa conducta del emir Almumenin Abderrahman III.

Los moros rebeldes de Sierra Elvira habian vuelto á lograr algunas ventajas sobre las tropas imperiales, y su primer caudillo Azomor se habia apoderado otra vez de Jaen. Otra vez tambien tuvo que acudir Abderrahman en persona á apagar el nuevo incendio. Al aproximarse á Jaen huyeron los sediciosos á sus guajaras y riscos, y Azomor fué á buscar su último asilo en Alhama, ciudad fuerte por su natural posición, guarnecida además con gigantescas torres, provista de almacenes y rebosando de agua sus aljibes. Pero allí le siguió Abderrahman, resuelto á no alzar reales hasta ver á sus piés la cabeza del pérfido Azomor. Rudos y obstinados fueron los ataques, y obstinada y ruda la defensa de los sitiados. Desesperaba al califa la dilacion de un sitio en que veía comprometida su honra. Al fin aplicado un combustible á una parte enmaderada del muro, que calcinando la obra sólida produjo su desplome y abrió una ancha brecha, por encima de aquellos ardientes escambros penetraron arrojadamente en la ciudad los soldados del rey. Muchos defensores murieron peleando: todo lo que se halló con vida en la poblacion, sin distincion de edades ni sexos, fué pasado á cuchillo: reconociose entre los moribundos á Azomor acribillado de heridas y horriblemente desfigurado. Abderrahman en cumplimiento de su promesa mandó decapitarle, y su cabeza fué el parte triunfal que se envió á Córdoba.

De Alhama pasó el califa á Granada, cuya pintoresca situacion, bordados ya de jardines los amenos valles del Darro y del Genil, agradóle mucho, y se detuvo allí algun tiempo. Allí bajaron á prestarle sumision los rebeldes de las sierras, que privados de su jefe se vieron en la necesidad de reconocer al califa, quedando así extinguidas unas facciones que por espacio de medio siglo habian tenido en continuo desasosiego la Andalucía y ensangrentado muchas veces sus campos.

Terminada esta guerra, volvió el califa su atencion hácia Toledo, que en poder de Giafar, el hijo de Ben Hafsún, estaba siendo largos años hacia padron de afrenta para los soberanos Beni Omeyas. Esta vez se propuso Abderrahman á todo trance recobrarla para el imperio. Por espacio de dos años hizo que sus caudillos se ocuparan exclusivamente en talar la tierra, no dejando en pié ni mieses ni fruto de ningun género. Apurada ya de recursos la ciudad, convocó el califa todas las banderas musulmanas, y él mismo con sus cordobeses estableció su campo al norte de la plaza, el solo punto por donde no la ciñe el Tajo. Destruídos los antiguos edificios que habia entre el campo y la ciudad y que servian de avanzados baluartes á los sitiados, de tal manera se apretó el cerco, que convencido Giafar de la imposibilidad de sostenerse trató con los principales toledanos sobre el mejor modo de salir de tan difícil trance. Una mañana al romper el alba y cuando todo reposaba todavía en el campamento árabe, salió Giafar con dos mil jinetes, cada uno de los cuales llevaba otro soldado á la grupa ó asido de la cincha del caballo, y abriéndose impetuosamente paso á través del campo enemigo, cuando las tropas reales se apercebieron de este inopinado movimiento apenas pudieron ya hacer algunos prisioneros. El califa prohibió que se persiguiera á los fugitivos, suponiendo que le seria entregada la ciudad, y así fué. Aquel mismo dia salieron

comisionados á ofrecerle obediencia, aprovechando, decian el primer momento en que se veian libres de los opresores. Este habia sido el plan concertado entre los toledanos y Giafar. Abderrahman aceptó benévola mente su ofrecimiento, dándoles seguridad de sus vidas y bienes; y entró el tercer Abderrahman en Toledo por la puerta Bisagra en el año 315 de la hegira (927), despues de cerca de cincuenta años de estar la ciudad emancipada del dominio Omniada (1).

El gran recurso de los moros rebeldes cuando se veian vencidos era buscar apoyo en los cristianos. Así lo habia hecho Caleb Ben Hafsún acogiendo á Sancho Abarea el de Pamplona poco antes de su muerte, y así lo hizo ahora su hijo Giafar, prefiriendo hacerse vasallo del rey de Leon, que lo era Alfonso IV, á someterse al califa de Córdoba. A tal extremo llegaba la enemiga y el encono de los bandos y parcialidades que dividian á los mahometanos. Gran partido hubiera podido sacar de esta sumision otro que hubiera sido menos irresoluto y débil que el cuarto Alfonso.

Dejamos á este príncipe en 930 haciendo la vida del monje en el monasterio de Sahagun. Al año siguiente su hermano Ramiro II, mas animoso y resuelto que él, se hallaba en Zamora preparando una expedicion contra los moros, cuando llegó el inopinado aviso de que Alfonso, tan voluble en el claustro como en el trono, habia dejado la morada religiosa y trasladádose á la corte de Leon, cambiada otra vez la cogulla monacal por las vestiduras reales. Ramiro, de genio vivo y belicoso, y de temperamento irascible y fuerte, á la noticia de esta novedad mandó tocar clarines y blandir lanzas, y con el ejército que tenia preparado contra los sarracenos tomó apresuradamente el camino de Leon, y sin permitir un momento de descanso á sus tropas llegó á la ciudad, que asedió y estrechó hasta rendirla; apoderóse de Alfonso, y le encerró en un calabozo con grillos á los piés (2).

Acaso la noticia de esta prision hizo pensar á los tres hijos de Fruela II, Alfonso, Ordoño y Ramiro, que se hallaban en Asturias, en aprovecharse de las discordias de sus primos para algun proyecto personal, y mas cuando no habrian olvidado que eran los hijos del tercer monarca leonés. Ello es que Ramiro II pasó á Asturias á invitacion de los nobles asturianos, invitacion que hubo de parecerle sospechosa, puesto que fué bien prevenido y escoltado. Si habia designios contra él, no solo supo frustrarlos, sino que apoderándose de los tres hijos de Fruela los hizo conducir á Leon, y encerrándolos en la misma prision en que tenia á Alfonso, en un mismo dia ordenó que á todos cuatro les fuesen sacados los ojos con arreglo á la cruel legislacion goda. Añádese que mas adelante los mandó trasladar al monasterio de Ruiforeo, donde fueron tratados hasta su muerte con mas humanidad y blandura. Alfonso el Ciego, el ex-monje, vivió todavía mas de dos años. Habia tenido de su mujer Iniga un hijo, á quien veremos figurar despues bajo el nombre de *Ordoño el Malo* (3).

Tan luego como Ramiro II se vió, aunque por tan crueles medios, afirmado en el trono, no permitiéndole su belicoso genio tener ociosas las armas, y no olvidando que aquel mismo ejército que le habia servido para reducir y castigar á su hermano y primos le habia reunido anteriormente para combatir á los sarracenos, celebró un consejo ó asamblea de los magnates del reino para acordar hácia qué parte de los dominios musulmanes convendria llevar las banderas cristianas. Determinóse dirigirse hácia el Este, y el ejército leonés acaudillado por Ramiro franqueó la sierra de Guadarrama, que era la marca fronteriza de moros y cristianos por la parte de Castilla, y se puso sobre Magerit (4), desmanteló sus mu-

(1) Conde, caps. 72 y 73.

(2) Samp. Chron. n. 21.

(3) Samp. Chron. 1, c.

(4) Es la primera vez que suena en la historia el nombre de esta poblacion que andando los siglos habia de ser la capital de España. El cronista Asturicense la nombra *Magerit*: el Monje de Silos y Lucas de Tuy *Majerita*: don Rodrigo de Toledo *Majoritum*: es la misma que el Nubiense llama *Maghbit*, y de la que dijo mas expresamente la crónica de Cardena: «Regnó don Ramiro XX años, é cercó á *Madrid*, é prisóla é lidió muchas veces con los moros é fué aventurado contra ellos.» Debía ser ya Madrid entonces plaza fuerte y de alguna importancia, como situada

rallas, pasó á cuchillo su guarnicion y habitantes, ejecutó lo mismo en Talavera, y sin que pudiese darle alcance el wali de Toledo se retiró á su capital cargado de despojos (932).

El conde Fernan Gonzalez que gobernaba á Castilla avisó luego á Ramiro del peligro en que ponía sus tierras el movimiento de las tropas musulmanas, ansiosas de vengar los desastres de Madrid y Talavera, y conjurábale que acudiera en su socorro. Hizolo así el leonés, y avanzando hácia Osma, é incorporadas las tropas del monarca y del conde, encontraron á las de Almudhaffar acampadas cerca de aquella ciudad. Empeñóse allí un recio combate, y «el Señor por su divina clemencia (dice la crónica cristiana) dió á Ramiro la victoria; muchos enemigos mató, multitud grande de cautivos llevó consigo, y regresó á sus dominios gozoso de triunfo tan brillante (1).» Y, sin embargo, atribuyéronse los árabes la victoria, segun en sus historias se lee; y cuando Almudhaffar á su regreso por Talavera, cuyos demolidos muros hizo reparar entró en Córdoba, fué recibido en medio de aclamaciones: cosa muy comun en las guerras, aplicarse el triunfo de una misma batalla unos y otros contendientes (933).

Estos primeros hechos de armas de Ramiro II no fueron sino los preliminares de otros mas brillantes y ruidosos, que habian de mostrar á los mahometanos que si ellos tenian un Abderrahman III y un Almudhaffar, guerreros insignes, los cristianos tenian un Ramiro II y un Fernan Gonzalez, que sabian medir con ellos su poderío y su brazo y les harian probar el alcance y temple de sus armas. Hubo, no obstante, de mediar alguna tregua entre los sucesos referidos y los que ocurrieron despues. Para la inteligencia de estos necesitamos exponer la situacion en que se encontraba el imperio musulmico español y sus relaciones con los mahometanos de Africa.

De mal grado sujetos siempre los musulmanes africanos á los califas de Damasco y de Bagdad, habian logrado los descendientes de Edris sacudir el yugo de los Abassidas de Oriente y fundar en Fez el imperio independiente de los Edrisitas. Otra dinastía rival de esta, la de los Aglabitas, habia alzado el pendon de la independencia y erigido otro imperio en la parte central del Magreb, estableciendo la corte de su nuevo Estado, primero en Cairwan, despues en Túnez. Los Aglabitas habian extendido su dominacion á la Sicilia y la Calabria y llevado sus devastadoras excursiones á todo el litoral de Italia. A principios del siglo x levantóse en Africa otro nuevo profeta, Obeidallah Abu Mohammed que se nombraba *Al Mahadi* (el conductor), y se decia, como Edris, descendiente de Ali y de Fátima, la hija de Mahoma. Este impostor acertó á fanatizar las poblaciones africanas que en gran número se le adhirieron y reconocieron por jefe, y en poco tiempo fundó otro nuevo imperio en el Magreb central, fijando su corte en una ciudad nueva que de su nombre denominó Almahadia. Arrojos por él los Aglabitas de Cairwan y de Sicilia, sujetos tambien á su obediencia los Edrisitas del Magreb, pronto la naciente monarquía del Mahadi ó de los Fatimitas se encontró mas extensa, pujante y poderosa que la de los mismos califas de Córdoba y de Bagdad. El octavo soberano edrisita de Fez, Yahia, se veía cercado en su capital por el Mahadi, y solo á costa de oro y de su independencia pudo comprar una seguridad momentánea. A poco tiempo se apoderó de la ciudad el emir de Mequinez, y le obligó á salvarse con la fuga. El depuesto Ben Edris invocó el auxilio del califa de Córdoba Abderrahman III, el cual, ya acordándose de la antigua amistad de los Edrisitas y los Omniadas, ya por el interés de atajar los progresos de los Fatimitas que podian ser peligrosos para la misma España, ya tambien porque viese ocasion de extender sus dominios por la costa de Africa, envió en socorro del destronado rey de Fez un ejército y una escuadra.

No es nuestro propósito referir las vicisitudes de las terribles guerras de Almagreb que empaparon de sangre los campos africanos, sino indicar solamente que estas expediciones leja-

cera del cordon fronterizo de los castillos cristianos y como un fuerte avanzado para proteger á Toledo. Samp. n. 22.—Chron. Silens.—Id. Tudens.—Roder. Tolet. lib. V.—El Edris. Clima IV.

(1) Samp. Chron. n. 23.

nas gastaban al califa de Córdoba las fuerzas que le hubiera sido mas conveniente emplear contra los cristianos españoles. Cierta que por un pacto con el último heredero de la estirpe de los Edris llegó Abderrahman III á gobernar á Fez por medio de uno de sus walis, mientras el príncipe protegido se habia venido á residir en la Península; pero además de haberle costado muchas pérdidas y no poca sangre de los suyos, debió convencerse de que en pais como el de Almagreb era mas fácil hacer conquistas que conservarlas, por mas que el engrandecimiento momentáneo de sus dominios pudiera lisonjear su amor propio. En esto tenia empleada una gran parte de su ejército cuando ocurrieron en España los sucesos que vamos á referir.

Ramiro de Leon habia empezado á inquietar de nuevo á los musulmanes por la parte de Lusitania y Extremadura, y un poderoso wali nombrado Omeya ben Ishak Abu Yahia (2), resentido con el califa por haber condenado á muerte á un hermano suyo, pasóse al rey de Leon arrastrando consigo á muchos valientes musulmanes de la frontera, y entregándole los castillos que dependian de su gobierno (937). Sabido por Almudhaffar, hizo con sus cordobeses una correría hácia el Duero como para neutralizar el mal efecto de aquella defecion, pero volvióse por Mérida á Córdoba, sin otro resultado que el de una algara comun. Esto mismo le movió á concertar con el califa y con el divan una expedicion seria para castigar al propio tiempo las atrevidas incursiones de Ramiro el cristiano y la deslealtad escandalosa de Abu Yahia.

Proclamóse entonces la guerra santa: á la voz del califa toda la España musulmana se puso en movimiento: Almudhaffar conducía la eaballería de los Algarbes; Abderrahman salió de Córdoba con su guardia y la flor de los caballeros andaluces, con gran cortejo de jeques y llevando en su compañía todo el divan: los caminos, dicen sus crónicas, estaban cubiertos de gentes y aparatos de guerra: el punto de reunion eran los campos de Salamanca. A orillas del Tormes se formó un vasto campamento (fines de 938), en que figuraban todas las tribus musulmicas de España en número de cien mil guerreros. Pasada revista general y tomadas todas las disposiciones, púsose el ejército en marcha en la primavera de 939, y pasando sin resistencia el Duero, talando campos y quemando poblaciones, y haciendo (dice su crónica) los estragos de las tempestades, llegó la muchedumbre sarracena á la vista de Zamora, «fuerte á maravilla, circundada de siete muros de robusta y antigua fábrica, obra de los pasados reyes, con dobles fosos anchos y profundos llenos de agua, y defendida por los mas valientes cristianos.» Comenzó el sitio: los cercados hacian salidas que los mismos enemigos llaman impetuosas, si bien rechazadas por los tiradores árabes, que á la menor señal salian de sus tiendas armados de arco y de lanza, y montados en ligerísimos corceles.

En esto supo Abderrahman que Ramiro le iba al encuentro con gran golpe de gente cristiana, y con esta noticia, dejando veinte mil hombres en el cerco de Zamora al cargo del wali de Valencia y de Abdallah ben Gamri, pusiéronse en marcha el califa y Almudhaffar el Duero arriba en busca del ejército leonés. Encontráronse ambas huestes cerca de Simancas hácia la confluencia del Pisuerga y del Duero. Los escritores árabes y cristianos refieren todos que al dia siguiente hubo un espantoso eclipse de sol que en medio del dia cubrió la tierra de una amarillez oscura, que llenó de terror á aquellos guerreros que no habian visto en su vida cosa semejante (3). Inútil es decir cuánto consternaría este fenómeno á los supersticiosos cristianos, y á los mas supersticiosos musulmanes. Dos dias pasaron sin que ni unos ni otros hicieran movimiento alguno. Al tercero comenzó el ruido de los añales y trompetas y los

(2) Sapiro dice que era el de Zaragoza, el árabe Masudi supone que lo era de Santarén.

(3) El eclipse fué cierto, y le mencionan no solo las historias arábicas sino tambien Sapiro, los Anales de Saint-Gall, Luitprand, los Monjes de San Mauro en su Cronología de los eclipses, y otros muchos autores. La Crónica Burgense dice que salieron llamas del mar é incendiaron muchas ciudades y villas, y entre ellas un barrio de Zamora, Carrion, Castrojeriz, cien casas en Burgos, Bribiesca, la Calzada, Pancorbo y otras muchas. Chron. Burg. ad kalend. juli.

alaridos de ambas huestes á anunciar el combate. Dejemos á los autores árabes que nos cuenten ellos mismos esta memorable batalla.

«Bajaba el inmenso gentío de los cristianos muy apiñado en sus escuadrones, y con enemigo ánimo se acometieron ambas huestes y se trabaron con atroz matanza. Por todas partes se veía igual furor y constancia: el príncipe Almudhaffar recorría todos puestos animando á los musulmes, blandiendo su robusta lanza, y revolviendo su feroz caballo entraba y salía en los mas espesos escuadrones enemigos, haciendo cosas hazañosísimas. Sostenían los cristianos el encuentro de la caballería musulmánica con admirable esfuerzo, y su rey Radmir con sus caballos armados de hierro rompía y atropellaba cuanto se le ponía delante: el rebelde Aben Ishak (Abu Yahia, el que acompañaba á Ramiro), con sus valientes caballeros andaba también cubierto de crujientes armas, derramando la sangre de los musulmes como el mas feroz de sus enemigos: cedían el campo los musulmes al valor de esta aguerrida gente; pero el rey Abderrahman, viendo desordenadas muchas banderas del ala derecha, y que toda la hueste cedía el campo á los enemigos, se lanzó con la caballería de Córdoba y toda su guardia al costado del ejército de los infieles, y rechazados con valor por apiñados escuadrones de lanceros, todo el ímpetu de la caballería logró penetrar en ellos, y se volvió de aquel lado toda la fuerza del ejército enemigo: por todas partes se renovó la batalla con el mayor ardimiento. Aben Ahmed separó su gente, y peleando en los primeros contra los mas valientes enemigos, fué derribado del tercer caballo con un fiero golpe de hacha y espiró al punto: también murió al lado de este caudillo, y á la vista del rey Abderrahman, el cadí de Valencia Gahaf ben Yeman, y el esforzado caudillo de Córdoba Ibrahim ben David, que se distinguió en este día con extrañas proezas, y cayó lleno de heridas. Ya la victoria se declaraba á favor de los musulmes, y los cristianos se retiraban peleando, cuando la venida del encubridor tiempo de la noche puso treguas á tantos horrores. Quedaron los musulmes sobre el campo mismo de batalla, que estaba regado de humana sangre y cubierto de cadáveres y de heridos moribundos, que espiraban hollados entre los pies de la caballería: allí pasaron la noche, y descansaban los vivos tendidos y mezclados sobre los muertos, esperando con impaciencia y temor la luz del día para acabar aquella sangrienta é inhumana contienda.»

Hemos preferido de intento la relación de un escritor árabe, porque en ella se revela bien á las claras la horrorosa derrota que en aquella célebre lid sufrieron los suyos: la verdad se le escapa de la pluma refiriendo la muerte de sus mejores caudillos y describiendo las irresistibles acometidas de los cristianos, sin atreverse ni siquiera á indicar la pérdida que estos tuvieron.

Confiesan también los árabes, que si Ramiro no acabó al día siguiente con todo el poder de Abderrahman fué porque el moro Abu Yahia, arrepentido ya sin duda de haber contribuido á derramar tanta sangre ismaelita, halló medio de disuadir al rey de Leon de continuar la pelea, so pretexto de tenerle preparado una emboscada los árabes, y con otras razones y engaños: lo cierto es que «desistió, dicen sus cronistas, alejándose de aquellos estragados campos, lo cual libró á los musulmes de manos de Radmir.» Dirigióse entonces otra vez el escarmentado ejército sarraceno á Zamora, donde, como dijimos, habian quedado veinte mil hombres sitiando la ciudad. Oigamos también la relación que hace el escritor arábigo de la no menos famosa batalla del Foso de Zamora.

«Diéronse, dice, recios combates á sus torreados muros, y los cercados se defendían con bárbaro valor. No se adelantaba ni ganaba un paso sino á costa de sangre de los esforzados musulmes: la presencia del rey Abderrahman y del príncipe Almudhaffar excitaba el ánimo de los combatientes, y lograron aportillar y derribar dos muros, entraron numerosas compañías de musulmes, y hallaron dilatado espacio, y en medio una ancha y profunda fosa llena de agua, y los cristianos con desesperado ánimo defendían aquella fosa. Fué una espesa nube y horrible torbellino de tiros y saetas, la matanza fué atroz, y los esforzados castellanos caían muertos en el lugar

que ocupaban. Los valientes musulmes perdieron en aquella pelea algunos millares que alcanzaron este día las copiosas recompensas y premios de su alghied: entraron muchas banderas de la gente de Algarbe y Toledo, y arrojando al foso los cadáveres de sus hermanos musulmes, estos les sirvieron de puentes, y los cristianos no pudieron resistir el ímpetu de tantas espadas sedientas de sangre, y allí murieron como buenos. La sangre de estos y la de los musulmes enturbió y enrojeció las aguas del foso, y parecía un lago de sangre.... Esta fué la célebre batalla de Alhandic, ó del foso de Zamora, tan sangrienta para los vencedores como para los vencidos....»

Hasta aquí la relación del cronista musulmán, de la cual harto claramente se desprende que si los mahometanos llegaron á plantar sus estandartes en los muros de Zamora, no lo hicieron sino á costa de una mortandad desastrosamente horrible, que el cronista Sampiro hizo subir á ochenta mil muertos; número que convendremos podrá ser exagerado, como acaso los árabes le disminuirían también por su parte al fijar el de cuarenta ó cincuenta mil, pero que de todos modos hace equivaler á una gran derrota la que ellos proclaman como victoria insigne, y en la cual hasta el mismo califa, según Sampiro, fué retirado del campo del combate malamente herido. Fué la famosa batalla del foso de Zamora en 5 de agosto de 939, víspera de los santos Justo y Pastor, catorce días después de la de Simancas (1).

Poco tiempo fueron los árabes dueños de Zamora: contados días se enseñorearon de la ciudad, porque Ramiro revolvió inmediatamente sobre ella, y recobróla, é hizo pagar bien caro á los soldados del califa su éfmero triunfo, si triunfo habia sido. Allí hizo prisionero al dos veces desleal Abu Yahia. ¿Cómo se encontraba ahora en Zamora este caudillo sarraceno que habia peleado en las filas de Ramiro en la batalla de Simancas? Falto de fe este moro, como lo eran generalmente los de su nación, después de haber sido traidor á Abderrahman no paró hasta serlo á su vez al rey Ramiro. Abandonó, pues, las banderas de Cristo el que antes habia desertado de las de Mahoma. Recibióle el Miramamolín, acaso mas por política que por benevolencia, pues le importaba mucho privar á Ramiro de tan temible auxiliar. Preso ahora por el monarca leonés, cuando acaso iba á recibir el merecido de su felonía, con la suerte que á las veces tienen los malvados, logró fugarse y volvió á obtener entre los musulmes las funciones de wali que antes habia ejercido.

Dos meses mas tarde, y retirado ya á Córdoba el califa, envió Ramiro su ejército hácia el Tormes á repoblar varias ciudades y pueblos ó desiertos ó arruinados, entre los cuales lo fueron Salamanca, Ledesma, Baños, Peñaranda y varios otros lugares y castillos (2). Pero el conde de Castilla, Fernán Gonzalez, que debía traer ya en su ánimo el proyecto de emanciparse del rey de Leon, celoso de que el leonés erigiera por sí solo poblaciones que pertenecían al territorio de Castilla, levantóse contra Ramiro en union con Diego Nuñez ó Muñoz, á quien suponen su yerno, conde también ó gobernador de alguna comarca. No se descuidó Ramiro en conjurar esta tormenta, y haciendo á los dos prisioneros (940), los trasportó, al castillo de Leon al uno y al de Gordon al otro. Allí permanecieron algun tiempo, hasta que hecho juramento de lealtad al rey y de renunciar para siempre á todas sus pretensiones, no solo les dió libertad, sino que llevó su confianza en Fernán Gonzalez, cuyo mérito y valor por otra parte

(1) Nuestros historiadores suelen confundir las dos batallas, acaso por mala interpretación del breve y sumario texto de Sampiro: pero en las historias árabes se señalan bien explícitamente las dos.

(2) La mala inteligencia de una palabra de Sampiro dió ocasion á muchos historiadores españoles para suponer que en esta expedición del Tormes habia tenido que pelear Ramiro con un general moro llamado *Azeipha*, con quien dicen se alió Fernán Gonzalez. Es el caso que Sampiro dijo: *Deinde post duos menses azeipha ad ripam Turmi ire disposuit*. Y siendo *azeipha* una palabra árabe (de *al saiffah*) que significa ejército ó reunion de gente armada, tomáronlo ellos por el nombre propio de un caudillo sarraceno, y de aquí la batalla que era menester se siguiese, y las desavenencias entre Ramiro y Fernán Gonzalez á instigación del moro *Azeipha*, y todo el edificio que sobre este falso cimiento se levantó.

CAPÍTULO XV

Abderrahman III en Córdoba.—Desde Ordoño III hasta Sancho I en Leon

DE 950 Á 961

Grandeza y esplendor de la corte de Abderrahman III.—Descripción del maravilloso palacio de Zahara.—Embajada del emperador griego Constantino Porfirogeneto.—Otras embajadas de príncipes extranjeros al soberano de Córdoba.—Grave disgusto de familia.—Suplicio de su hijo Abdallah.—Muerte de Almudhaffar.—Ordoño III de Leon.—Conspiran contra él su hermano Sancho y el conde Fernán Gonzalez.—Frustra su empresa, y repudia á su mujer Urraca.—Muerte de Ordoño III y elevación de Sancho el Gordo.—Sancho es destronado.—Refugiase á Pamplona.—Pasa á Córdoba á curarse de su extremada obesidad.—Su amistad con Abderrahman.—Repónole el califa en el trono de Leon.—Fuga y desgraciado término de Ordoño el Malo.—Guerras y engrandecimiento de Abderrahman en Africa.—Conquista de Túnez.—Riquísimo y espléndido regalo de Ahmed.—Célebre embajada.—Othon el Grande de Alemania.—El monje Juan de Gorza.—Sobre el martirio de San Pelayo.—Últimos momentos de Abderrahman III.—Su corte.—Ciencias, letras, artes.—Poetisas de su alcázar.—Dicho célebre de Abderrahman III.

A cinco millas rio abajo de Córdoba habia un ameno y apacible sitio, donde Abderrahman, convidado por su frescura y frondosidad, solia pasar las temporadas de primavera y otoño. Allí hizo construir edificios magníficos y bellos jardines, pasión predilecta de los árabes. En medio levantó un soberbio alcázar, que se propuso decorar y enriquecer con todo lo mas suntuoso y que mas pudiera halagar los caprichos de la imaginación humana. Tan galante como espléndido el califa, dedicóle á su esclava favorita, la mas hermosa y linda de su harem, llamada *Zahara*, que significa *Flor*, y de cuyo nombre llamó á la nueva ciudad Medina Zahara, ciudad de las flores (6).

Para la construcción de este palacio trabajaron, dicen sus historias, diez mil hombres, mil quinientos mulos y cuatrocientos camellos. Entraban cada día diez mil piedras labradas, sin contar las de mampostería. Hicieronsele quince mil puertas, y sustentábanle cuatro mil trescientas columnas de mármoles preciosos. Empleábanse en su servicio interior trece mil setecientos cincuenta esclavos varones y seis mil trescientas eurenta mujeres. Los pavimentos y paredes eran también de mármol, los techos pintados de oro y azul, las vigas y artesanos de cedro con relieves de un trabajo exquisito. En los salones habia elegantes fuentes que derramaban sus aguas en tazas y conchas de mármoles de colores. En la llamada del Califa habia una de jaspe con un cisne de oro de maravillosa labor, trabajado en Constantinopla, y sobre la fuente del cisne pendía del techo una magnífica perla que habia regalado á Abderrahman el emperador griego Leon VI. Contiguo al alcázar estaba el generalife (7), con multitud de árboles frutales, bosquecillos de laureles, arrayanes y mirtos, estanques y lagos en que se pintaban las frondosas copas de los árboles y las arreboladas nubes del cielo. En medio de los jardines, y sobre un cerro que los dominaba, se veía el pabellon del califa, sostenido por columnas de mármol blanco con capiteles dorados, en el cual descansaba cuando volvia de caza. Las puertas eran de ébano y marfil. Cuentan que en el centro de este pabellon habia una gran concha de pórfido con un surtidor de azogue vivo, que fluía y refluía como si fuese de agua, y daba con los rayos del sol y de la luna un resplandor fantástico. Los baños de los jardines eran igualmente de mármol, hermosos y cómodos; las alcatifas, cortinas y velos tejidos de oro y seda, con figuras de flores y animales, que parecían vivos y naturales á los que los miraban. En suma, dice el escritor árabe de quien tomamos esta descripción, dentro y fuera

(6) Otros escriben *Azzahra*.—Aun quedó entre nosotros el nombre de *azahar*, aplicado á la flor del naranjo y del limonero, que es una de las mas aromáticas y agradables.

(7) *Genat al Arzfi*, jardín de recreo, sitio de placer. El que con este nombre se conserva todavía en Granada al oriente de la Alhambra puede dar idea del gusto de estos jardines, en que se mezclaba lo agreste con lo bello, y en que competían la naturaleza y el arte.

conocía, al extremo de concertar el matrimonio de su hijo primogénito Ordoño con la hija de Gonzalez llamada Urraca (1).

No bien escarmentados todavía los árabes, intentaron al año siguiente (941) otra invasión por la frontera cristiana del Duero. Mas sorprendidos los infieles cerca de San Estéban de Gormaz entre el rio y unos altos cerros y tajadas peñas, no les quedaba otra alternativa que perecer ó triunfar. El Coraixi que los mandaba era uno de aquellos musulmanes que reunían la cualidad de poetas á la de guerreros; para alentar pues á sus soldados en trance tan comprometido les recitó unos célebres versos que nos han conservado sus historiadores (2). Según ellos surtió su efecto la enérgica excitación del caudillo poeta, las aguas del Duero se enturbiaron con sangre cristiana, y se apoderaron de la fortaleza de *Sanestefan* con gran mortandad de sus defensores.

Desde esta batalla no se habla de otras relaciones entre árabes y leoneses hasta una tregua ajustada en 944, que el escritor arábigo refiere en los siguientes términos: «El rey Radmir de Galicia envió sus mandatarios al rey Abderrahman para concertar ciertas avenencias de paz en sus fronteras; y Abderrahman los recibió muy bien, y otorgaron sus treguas que ofrecieron guardar por conveniencia de ambos pueblos, y envió el rey Abderrahman á su vazir Ahmed ben Said con los mandaderos de Galicia para saludar en su nombre al rey Radmir, y fué el vazir á Medina Lejonis (Leon).... se ajustaron treguas por cinco años y fueron muy bien guardadas (3).»

Tales fueron las consecuencias de la famosa batalla de Simancas, la mayor que se habia dado entre cristianos y musulmanes desde el desastre de Guadalete.

Invirtióronse los años que duró la tregua en fundar y repoblar ciudades y villas en Castilla y Leon, hasta que habiendo aquella espirado (949), y no bien avenido con la ociosidad el genio activo y belicoso de Ramiro, repasó el Duero con sus leoneses, y dirigiéndose á la siempre combatida Talavera maltrató sus muros, obligó á los moros á aceptar un combate en que les mató doce mil hombres, les hizo siete mil prisioneros, y se volvió victorioso á su corte de Leon (4). Esta fué su última campaña. Habiendo en el otoño del mismo año hecho un viaje de Leon á Oviedo, regresó atacado de una grave enfermedad, de la cual sucumbió el 5 de enero de 950, víspera de la Epifanía, después de haber recibido la confesion y el hábito penitencial ante la presencia de varios obispos y abades, y hecho cesion de la corona en su hijo Ordoño, tercero de este nombre, casado con la hija del conde Fernán Gonzalez. Enterrósele en el monasterio de San Salvador de Leon, fundado por él para su hija Elvira; que en los pocos periodos de paz que en un reinado de cerca de veinte años disfrutó Ramiro II, hizo lo que acostumbraban á hacer los monarcas de aquel tiempo, fundar y dotar monasterios y dedicarse á arreglar las cosas de la Iglesia (5).

- (1) Sampir. n. 23.—Monach. Silens.—Lucas Tud.—Roder. Tolet.
(2) Conde los traduce así:

De un lado nos cerca Duero,—del otro peña tajada,
La salida está en vencer,—y en el valor la esperanza;
La sangre de los infieles—enturbie del Duero el agua.

- (3) Conde, cap. 82.
(4) Samp. Chron. n. 24.—Los árabes lo cuentan de otro modo, y se atribuyen la victoria como de costumbre.

(5) Disputábase mucho todavía sobre si Ramiro II tuvo una sola, ó dos ó mas mujeres. Sampiro dice expresamente que casó con *Teresa Florentina*, hijo de Sancho Abarca de Navarra. Morales menciona escrituras en que aparece el nombre de *Urraca*, Sandoval cita otras en que se nombra á *Jimena*. El maestro Florez en sus *Reinas Católicas* intenta resolver la cuestion del modo que generalmente acostumbra, esforzándose en probar que fué una sola con los nombres de *Urraca Teresa*. Con frecuencia vemos suscitarse estas dudas sobre el número y nombres de las mujeres de los reyes de Asturias, Leon y Castilla, bien nazca de que en aquellos tiempos pusieran á las reinas varios nombres, bien de los muchos yerros que en punto á nombres propios cometían los copiantes de manuscritos, bien de que se confundieran los de las mujeres legítimas con los de las amigas de los reyes (que así las llama por decoro el erudito Florez), ó bien de que no se diera á la averiguación de este asunto la mayor importancia, hasta que el mencionado Florez dedicó á este exclusivo objeto su utilísima obra de las *Reinas Católicas*, que por lo comun nos sirve de guía sobre este particular en nuestra historia.